

La Gran aventura de Lolita

por
Santiago Arellano Iturria.

(Conclusión)

V

Una hora más tarde, aparecía en el cabaret la madre de Lolita, anhelante buscando a su hija. Lo que sucedía no era para menos: aquella misma noche, al penetrar en el cuarto de Dolores para limpiar y poner en orden los vestidos de ésta, acertó a ver sobre el tocador un retrato de hombre, el primero que veía en poder de su hija. Curiosa como todas las mujeres, miró y remiró la postal, y al mirarla, recordó que el fotografiado no le era desconocido: lo había visto en varias ocasiones en el cabaret, bailando con Dolores. Por cierto que, desde el primer día que lo vió, habíale sorprendido la semejanza de aquel garrido doncel con alguien a quien ella no quería recordar; pero creyéndose engañada por su vista, algo miope, no hizo nada por comprobar la identidad del parecido. En cambio, ahora, teniendo en sus manos y examinando con detención aquella imagen juvenil, la duda no era posible: aquel joven del retrato se parecía, como una gota de agua se parece a otra, al hombre que la sedujo, al padre de Lolita. ¡Qué coincidencia! ¿Sería ilusión suya? Y aunque se pareciese, ¿sería el primer caso en que dos personas se asemejasen sin haber por eso entre ellas parentesco? Si al menos supiera el nombre... Dió vuelta a la postal, husmeando algún indicio, y no bien leyó la dedicatoria, medio se desmayó del susto. Allí estaba la clave del enigma; allí estaba el apellido de su seductor, claro y escueto, turbándola con mayor intensidad que nunca. Su historia se repetía, pero de un modo imprevisible, monstruoso: el hijo de seductor seducía a la hija de la seducida, es decir, a la que era su propia hermana, ignorando sin duda el parentesco que existía entre ellos; y todo por culpa de ella al no revelar a su hija, cuando aun era tiempo, el nombre del descastado que la engendró. "Maldito orgullo el mío", hipaba la desolada madre, mesándose los canos cabellos y bajando a la calle desalada para ir en busca de Dolores y prevenirla.

Al llegar al cabaret, una bailarina la informó que hacía una hora había visto salir a Lolita acompañada de dos jóvenes; que subieron a un

auto y salieron disparados no sabía en qué dirección. La Sra. Florencia creyó morir o, por lo menos, que le daba un colapso. Por fortuna asomó por allí la faz rubicunda y risueña de William, y al verlo, la bailarina, conociéndole como amigo de los dos seductores, le llamó. Cuando se enteró el americano de lo que sucedía, creyó estar viendo visiones. ¿Hermanos Lolita y Juan? ¡Qué sorpresa! ¿Y enamorados y escapándose juntos a gran velocidad? ¡Qué fatalidad tan inaudita! Gracias a Dios, sabía él adónde habían ido, por habérselo dicho Marcos aquella tarde. Todo consistía en alcanzarlos. Lo malo era que llevaban una hora de ventajá.

—En fin, se hará lo que se pueda—dijo William.—Venga Vd. conmigo señora.

Subieron la atribulada madre y el americano a un lindo Packard de dos asientos que éste tenía a la puerta del cabaret, y abriendo gasolina, con peligro de estrellarse en los postes del camino, salieron como un relámpago de Manila. Aquella carrera vertiginosa parecía un huracán, un torbellino. El diminuto coche trepidaba, pasando pueblos y más pueblos, rasgando el silencio de la noche con el estridor de su bocina y las tinieblas con el doble y lácteo haz de sus potentes focos. La pericia con que William vadeaba los obstáculos tenía maravillada a su acompañante, que, temblando de miedo y de frío, creía estar soñando. Pero el recuerdo de su hija, a punto de caer en brazos de quien era su hermano; aquel amor incestuoso que nadie podía haber previsto y que se le antojaba dispuesto por el mismísimo infierno, aguijaba su mente en grado tal, que ni el miedo ni el frío ni la carrera desenfrenada suponían ya nada para ella, y su ilusión de un sueño se desvanecía, trocándose en pungente realidad.

Y a todo esto, sin alcanzar el auto de Marcos. A las nueve de la noche pasaban por San Miguel de Mayumo, y poco después vislumbraban las primeras casas de Sibul, a oscuras casi todas, pues el vecindario en su mayor parte dormía ya.

Pararon frente al Hotel Internacional; preguntaron por los viajeros, suponiendo que se hubiesen hospedado allí; pero los dueños del hotel no pudieron darles razón de quienes buscaban, por el motivo de no haber parado en la casa tales personas.

Había en el pueblo otro hotel, y a él se dirigieron hombre y mujer apresuradamente. ¡Por fin! Un muchacho soñoliento les dijo que la pareja a quien se referían había alquilado el cuarto No. 5. Subieron a grandes zancadas las escaleras, y sin llamar a la puerta de la indicada habitación, se colaron de rondón en ella. No había luz eléctrica en el cuarto, pero los rayos de la luna, indiscreta y blancamente tamizados por las rendijas de la ventana, caían de soslayo sobre un lecho matrimonial en el que se veía acostada una pareja. Distinguiáanse con precisión los dos cuerpos, pero no así los semblantes, a los cuales no alcanzaban las plateadas hebras lunares.

—¡Hemos llegado tarde!—exclamó Butler atorado viendo aquel cuadro nupcial.

Al ver penetrar en el cuarto a aquellos intrusos y al oír la exclamación del americano, los amartelados durmientes se despabilaron. La mujer dió un chillido de espanto, sentándose en la cama como impeída por un resorte, y el varón saltó de la cama empuñando una pistola.

—¿Qué buscan Vds. aquí?—demandó.

—¡Ay, Dios mío, no son ellos!—balbució la madre de Lolita, distinguiendo el rostro de la desconocida.

—¡No son ellos!—coreó William corrido de vergüenza.

—¿Pero a quién diablos buscan Vds.?—volvió a vociferar el del revólver amostazado.—Nosotros somos un matrimonio pacífico, y no hemos venido a Sibul a representar comedias.

William se disculpó como pudo, explicando al amenazante consorte el por qué de la equivocación, y entonces éste, más sosegado, pero sin abandonar aún el arma por lo que pudiera tronar, señaló a Butler el cuarto de enfrente, donde creía haber visto poco antes a los tráfugas.

Allá se fueron ambos persecutores; mas temiendo incurrir en nuevos fiascos, golpearon primero con los nudillos en la puerta.

—¿Quién va?—preguntaron desde adentro.

Era la voz Juan. Al reconocerla, quiso William abrir la puerta; pero estaba cerrada por dentro.

—¡Abre Juan!—urgió el americano.—¡Abre pronto, por los clavos de Cristo! Salió Juan, en pijama, con una palmaria en la mano.

—¡Caray, Guillermo!—dijo.—No esperaba verte por aquí. ¿Qué sucede?

—Esta mujer te informará.

—¿Y quién es esta mujer?

—La madre de Lolita.

—¡Ah! ¿sí? Mejor que mejor: así presenciara mañana la boda de su hija conmigo.

—Lolita no puede casarse con Vd.

—¿Por qué?

—Porque Dolores es hermana de Vd.

—¿Dolores mi hermana? Eso son cuentos tártaros.

—Eso es la pura verdad—afirmó con entereza la Sra. Florencia, explicando seguidamente al boquiabierto pintor toda la historia que ya conocemos.

Aun no había acabado de hablar la mujer, cuando a Juan se le cayó de la mano la candileja. Por suerte, en el comedio de la crujía donde se hallaban había una bujía que les alumbraba suficientemente. Al rehacerse el pintor del asombro, quiso hablar, pero le atajó William, diciendo:

—Y bien: ¿dónde está Lolita?

—Aquí.

—¿Contigo?

—Conmigo.

—Pero desventurado...

—Conmigo en el hotel quise decir, que no en mi cuarto. Está en el contiguo, y tal vez duerme, ajena a lo que ocurre. ¡Qué novedad la espera! Vaya Vd. a despertarla—añadió dirigiéndose a la Sra. Florencia, que al fin respiraba tranquila—en tanto despertamos nosotros a Marcos, que ocupa el extremo del corredor.

Mientras tales asuntos se ventilaban *sotto voce*, los vecinos de enfrente, o sea los dos tórtolos tan intempestivamente despertados, atisbaban a través de la entreabierta puerta de su cuarto aquellas escenas extraordinarias.

A poco aparecían Lolita y su madre; los tres amigos hacía ya rato que la aguardaban.

Al contemplarse los dos hermanos cara a cara, un cúmulo de sentimientos encontrados, contradictorios gravitó sobre sus almas durante breves segundos. Era un placer agrídulce el que se deslizaba por sus venas a la revelación de su parentesco, cuando sólo unas horas les separaban de los nupciales deleites; era una mano férrea, la mano del deber, que les atarazaba las sienes, apagando con su helado contacto la efervescencia de sus amorosos ensueños; era gozo y dolor, desilusión y dulce afectividad lo que experimentaban en sutil amalgama de sensaciones. Esta lucha íntima de afectos se manifestaba con mayor visibilidad en el rostro de Lolita, pálido y conmovido como el de una novia a quien le arrebatan su adorado. Miraba a Juan, y se turbaba toda ella, temiendo quererle, confusa y avergonzada de aquel amor que inflamaba su sangre y al que

era preciso matar como un áspid ponzoñoso y maléfico.

Por fin fué cediendo la pasión ante la realidad, volvió el carmín a teñir las mejillas de la joven, y el amor fraternal, violentamente nacido del amor humano, señoreóse por completo del corazón de Lolita, que, llorando de alegría, se arrojó en los brazos de Juan, el cual, tan emocionado como ella, dijo besándola en la frente:

—; Ahora sí que te quiero Lolita!

—; Y yo a ti, Juan, hermano mío!

—Olvidemos que fuimos novios y creamos que nuestro amor no ha sido más que una intuición fraternal, un bello sueño de color de rosa, trocado por la providencia en otro sueño azul.

—Eso creo yo—aprobó Lolita ya serena del todo.

—Y yo también—resumió Marcos;—pero, pues-to que todo está resuelto sin daño para la moral, opino que lo más práctico es irnos a dormir. Mañana regresaremos a Manila.

—Eso mismo—dijeron todos.

—Hasta mañana, pues.

—Hasta mañana.

Se retiraron todos a sus respectivas habitaciones; la Sra. Florencia se acomodó en el cuarto de su hija; William, en el de Juan, y el matrimonio de marras, viendo el giro pacífico que tomaban las cosas, hizo mutis en su cuarto, haciéndose cruces de lo que había visto y oído.

EPILOGO

Juan Díaz vendió el coccal; cedió una suma respetable a la madre de su hermana, satisfaciendo así la deuda que su padre contrajera con la pobre mujer, que no quiso acompañar a su hija allende los mares, por miedo al frío de las Asturias; y el simpático pintor se embarcó para España, diciendo a su bonitísima hermana:—Un día te prometí hacerte un retrato, para llevarme un recuerdo de Filipinas y sus bellezas; pero, más dichoso que nunca lo fuí en la vida, me llevo el original.

Tal fué la gran aventura de Lolita. En la actualidad, casada y feliz, vive en España como una reina. Y justo es decir que, de todos los hermanos que tan fortuitamente encontró, a quien más quiere es a Juan.

